

TALITHA QUMI  
Domingo 13 del tiempo ordinario  
28 de junio de 2009

Nos pasamos la vida intentando demostrar nuestras capacidades a nosotros mismos y a los demás. Algunos se arriesgan de tal forma que se colocan “al filo de lo imposible”. Tratan continuamente de experimentar y de ver “hasta donde son capaces de llegar”.

Toda la cultura actual sitúa a la persona en la necesidad de verse y definirse en la clave del “homo capax”. El ser humano se cree “capaz” de todo. Se considera lleno de vitalidad. Pero se engaña a sí mismo.

Cuando menos lo esperamos nos vemos incapacitados para algo. Por leve que parezca, toda enfermedad nos recuerda que no lo podemos todo. La misma palabra latina “infirmus” significa que el ser humano se encuentra sin tierra firme y sin apoyo bajo sus pies.

Por más que contradiga a la cultura actual, la persona ha de aprender a verse y definirse también en la clave del “homo patiens”. El ser humano es un “paciente”. No se entiende sólo por lo que hace, sino también por lo que “padece”. Trae consigo la mortalidad.

Esta aparente contradicción de la persona ha llamado la atención de algunos filósofos, como Paul Ricoeur, Pero entra de lleno en nuestra experiencia diaria. Hay que aprender a integrarla en la comprensión de nosotros mismos.

## DOCE AÑOS

Pues bien, esa debilidad innata del ser humano aparece en el evangelio de este domingo 13 del tiempo ordinario (Mc 5, 21-43). En él se entrelazan dos historias que reflejan nuestra debilidad y nuestra finitud.

Un tal Jairo, jefe de la sinagoga de Cafarnaúm, se acerca a Jesús rogándole que vaya a ver a su hija, que está en las últimas. Mientras caminan hacia la casa, se acerca a Jesús una mujer enferma. Padece de graves hemorragias desde hace doce años. Al tocar la orla del manto de Jesús recobra la salud. El Maestro le hace ver que su fe la ha curado.

Entre tanto, ha muerto la niña de Jairo. Algunos piensan que ya no merece la pena seguir molestando al Maestro. Pero él continúa su camino. En la casa encuentra a los parientes afligidos y también a las plañideras contratadas para llorar. Ante el escándalo general, Jesús afirma que la niña no está muerta: está dormida.

A pesar de las burlas, Jesús toma de la mano a la niña y le dice: “Talita qumi”, que significa, “Niña, levántate”. Y la niña se levanta y camina. Tenía doce años. He ahí un número de plenitud que iguala los años de la enfermedad de la mujer. La aparente desmesura del mal y del dolor es superada por la amplitud de la vida que viene del Señor.

## SALUD Y VIDA

El relato evangélico no está escrito para darnos lecciones sobre la mejora de las prácticas sanitarias. Ni para criticar a los pesimistas que sólo se fijan en el fracaso de las capacidades humanas. No nos dice lo que hemos de hacer, sino lo que ha hecho Jesús. O mejor aún, nos revela lo que “es” Jesús.

• “Tu fe te ha curado. Vete en paz y con salud”. Jesús no ha venido a condenar, sino a curar. Para encontrarlo, basta buscarlo con fe y con humildad. También con decisión y sin prejuicios. La salud es el signo de la salvación. Jesús es la fuente de la paz. Es el único y definitivo Salvador.

- “Contigo hablo niña, levántate”. En muchos momentos de la vida, nuestra postración es semejante a la muerte. Nuestra pereza e inmovilidad revelan nuestra falta de energía y de esperanza. Sin embargo, Jesús espera algo muy importante de nosotros. Él es la vida. Hay que escuchar su voz y ponerse confiadamente en camino.

- Señor Jesús, tú conoces nuestra arrogancia habitual y nuestro frecuente desaliento. No es extraño que demos lástima a los que nos miran. Sin ti no podremos librarnos de la enfermedad y de la muerte. Ten misericordia de nosotros y danos fuerzas para vivir en la fe y en la esperanza. Amén.